

Los elementos más significativos de la carta:

1. Saber utilizar el lenguaje del amor

—Pero ¿cómo reanimar a estos queridos jóvenes para que vuelvan a la antigua vivacidad, alegría y expansión?

—Con el amor.

—¿Amor? Pero ¿es que mis jóvenes no son bastante amados?

—Lo veo, lo sé; pero no basta; falta lo mejor.

—¿Qué falta, pues?

—Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que se den cuenta de que se les ama.

Por tanto, no basta amar, necesitamos juntos saber usar el lenguaje del amor, sin el cual no es posible una comunicación educativa válida. Es, sin duda, el significado más transparente de la carta, enunciación del gran principio que podríamos llamar la "*visibilidad del amor*". Hoy estamos en la cultura de la visibilidad: lo que no aparece no existe; pero es una visibilidad que oculta, si no anula, el ser de la persona; es una visibilidad mortífera; sin embargo, hay una visibilidad vital y vivificante, que es la de la caridad; no en vano, desde los textos del Nuevo Testamento, el amor se ha asociado con la luz, irradiación de la Luz misma que es Dios. Por tanto, es necesario verificar, aprender, inventar los lenguajes del amor, para que se manifieste fuera y se convierta en don, invitación, propuesta. Ciertamente la raíz debe estar en el corazón, muestra de verdad y de eficacia. Pero no basta: los lenguajes también son un dato cultural sujeto a la evolución del tiempo. ¡No aprendemos de una vez por todas! El lenguaje del amor es siempre el tema del "estudio asiduo" en el sentido que Don Bosco daba a esta palabra: *preocupación, compromiso, pasión*. Y nuestra cultura también se caracteriza por una desatención a los lenguajes del amor, peor aún, por una distorsión de los lenguajes naturales del amor, los sexuales, afectivos, amistosos; para que surja una profunda desconfianza entre los jóvenes: el amor es imposible, el amor es una fábula, el amor es una rareza que compete a unos pocos privilegiados.

El salesiano debe ser un apasionado cultivador de los lenguajes del amor; una lección que aprende no solo escuchándose a sí mismo sino también escuchando al otro: sus necesidades, sus sensibilidades, sus posibilidades de expresión y sus capacidades de recepción. Hoy es este -me parece- *el desafío fundamental del educador*: hacer entender que ama de verdad, que ama para siempre, que ama todo lo humano que aparece ante él y que se revela y modifica con el paso del tiempo; demostrar que ama incluso ante el rechazo, el olvido, la distorsión o el uso especulador; y convencer así al amor, o sea es dar a luz la convicción interna de que se es digno de amor y, más aún, que se es capaz de amar (y es la percepción del propio valor inalienable, es el fundamento de la propia dignidad, es la raíz de toda auténtica esperanza); y hacer intuir (pero esto también es gracia) que hay una Fuente, que es para mí y para ti, siempre abierta y disponible, nunca agotable en su inexhausta riqueza.

2. Comprender a los jóvenes

—No, repito; no basta.

—¿Qué se requiere, pues?

—*Que, al ser amados en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones infantiles, aprendan a ver el amor en aquellas cosas que naturalmente les agradan poco, como son la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos, y que aprendan a hacer estas cosas con amor.*

Por tanto, hay *un elemento de racionalidad que debe intervenir*, que es una necesidad de conocimiento que debe tomar y guiar al educador salesiano: y es *conocer a los jóvenes, comprender las situaciones, las preguntas, las necesidades de saber hacerlas frente*. Se requiere una amplia gama de conocimientos científicos y técnicos para interpretar la serie de los valores concretamente disponibles y asimilables por los jóvenes para un crecimiento válido en el presente y en la perspectiva futura. Demasiados educadores insisten en lo negativo, lo problemático, lo irracional, lo moralmente inaceptable; para dar fe así de los "no" que se debe reiterar con firmeza (alternando, a menudo, con laxismo) en lugar que los "sí" propuestos con inteligencia (razón), intuición (amor) y coraje unido a prudencia. De ahí la enemistad, la distancia de seguridad, la no escucha con una creciente divergencia del natural foso generacional; la relación se vuelve funcional e institucional (cuando todavía existe) o se rechaza abierta o sutilmente, con todo ese patrimonio de valores que el salesiano tiene en sí mismo y que le gustaría (más que debería) transmitir, si se quiere y se interpreta como educador.

Comprender la cultura juvenil funda el compromiso para la continua formación que permite eliminar las inevitables distancias entre nosotros y los jóvenes. Es esa competencia pedagógica la que, al unirse con la simpatía y con la asidua relación, permite vivir en sintonía con los jóvenes identificando las formas de penetrar en los corazones y conquistar a la vida y al gozo. Me parece que esto sea un aspecto bastante deficiente en ciertos ambientes salesianos; basta captar la superficialidad con la que se comentan las conductas juveniles: no trasluce el deseo de *intus legere*, de leer adentro y más allá del dato; o basta con mirar la dificultad que tenemos para delinear objetivos y para diseñar itinerarios que se atengan lo más posible a las dificultades concretas y a las posibilidades no "de los" jóvenes, sino de "estos" jóvenes. Porque sigue siendo cierto que si no conoces "*lo que les gusta a los jóvenes*", es decir, lo que pasa en su mundo interior como interés, atracción, deseo, sueño, difícilmente percibirán el valor de las metas educativas que proponemos y que guardan relación con el compromiso, el esfuerzo, la dedicación (¡todos los ingredientes del verdadero amor!) precisamente los que Don Bosco sugiere cuando habla de estudio, disciplina, mortificación ... " *y que aprendan a hacer estas cosas con amor*".

3. Dar importancia a la felicidad

—"*Muy queridos hijos en Jesucristo: cerca o lejos, yo pienso siempre en vosotros. Uno solo es mi deseo: que seáis felices en el tiempo y en la eternidad. Este pensamiento y deseo me han impulsado a escribiros esta carta. Son palabras de quien os ama tiernamente en Jesucristo y tiene el deber de hablaros con la libertad de un padre. Me parecía estar en el antiguo Oratorio en la hora de recreo. Era una escena llena de vida, movimiento y alegría.*

Para amar de verdad es necesario *no perder nunca de vista el fin último*, la más íntima vocación de cada uno, que es *la llamada a la felicidad representada simbólicamente por la comunidad ideal soñada por Don Bosco*. Y para Don Bosco, la felicidad es una vía privilegiada para la evangelización ("*que seáis felices en el tiempo y en la eternidad*"). Un estudio reciente titulado "*Dios y la felicidad*" nos ayuda a entender esto: "En el instante pleno de un momento feliz, brilla repentina e inesperadamente en la realidad de la vida una realidad superior. Una dimensión dotada de un sentido incondicional irrumpe en la conducta del hombre marcada por tantas contingencias. En el momento de esta felicidad, el hombre se sabe al seguro en una buena realidad que lo mira con benevolencia y experimenta su vida como una vida buena y satisfactoria. Solo en este momento se despierta propiamente a la realidad; una realidad que supera siempre lo que él imaginaba como felicidad y, por tanto, pone su aspiración a la felicidad bajo una nueva luz. Se trata de una experiencia de la trascendencia que puede ser descrita como un manifestarse del bien. En esta manifestación está la respuesta a la pregunta de la fuente en base a la

que el hombre conoce esa dimensión infinita de la realidad. ¿Por qué se siente tocado por una esfera trascendente?

En el vasto panorama de la experiencia religiosa, la experiencia vivida de la felicidad instantánea es un momento posible en el que la trascendencia se manifiesta al hombre. En el caso de la experiencia de la felicidad se siente gozosamente dirigir la palabra e interpelar en alguna parte; percibe, siente, presagia algo que supera la dimensión de la realidad de su vida. Esta irrupción de la trascendencia no se presenta necesariamente como una experiencia religiosa, sino que se presta a una interpretación religiosa y, en particular, a una interpretación religiosa específicamente cristiana. El sentimiento radiante por un momento de estar a salvo en la realidad se remonta, en una tal interpretación religiosa, a un fundamento personal. La experiencia de la trascendencia se interpreta, así, como una experiencia de Dios. Cuando el bien se manifiesta como lo hace en momentos plenos, esta manifestación es una forma del encuentro con Dios. Dios se manifiesta en la felicidad del momento para la conciencia humana, y esto no queda sin consecuencias.

La experiencia del instante pleno es un momento dotado de una profundidad existencial; al hombre se le revela un conocimiento que concierne a su vida y que lo conmueve profundamente. En esta profundidad existencial se encuentra el vínculo de conexión, en el que la felicidad instantánea se vuelve importante para la aspiración del hombre a la felicidad. En la satisfacción de un momento el hombre experimenta que tal satisfacción es de naturaleza diferente de lo que se había imaginado. Por supuesto, puede suceder que los deseos y los planes hechos realidad sean inferiores a las expectativas precedentes... Él presagia que el éxito de su vida es algo más que la realización de sus deseos; siente que su vida es buena sin su concurso; experimenta de una manera existencialmente profunda que su felicidad es más grande que él, más grande que sus planes, sus deseos, su acción, y esto es precisamente lo que transforma su deseo". Si para Don Bosco la felicidad es un camino que abre a Dios, el salesiano debe lidiar bien con esta realidad. Deja de amar el que no está buscando la felicidad propia y ajena. Y esto, hoy, es un problema serio, dado el gran malentendido que la cultura arroja sobre la felicidad; dado el eclipse de la serenidad, del gozo de vivir, de simplicidad que hace gustar las cosas pequeñas; dada la propagación de síndromes depresivos, trastornos de la relación, huidas de lo real, compensaciones neuróticas; dado el oscurecimiento de la esperanza y la inquietud por la historia que genera pesimismo, actitudes defensivas, rechazo de vivir y de gozar. Si no está enamorado de la felicidad, ¿cómo puede el salesiano despertar esta energía latente en cada joven, educarla y orientarla a la fuente misma de la felicidad, que es el Dios de la alegría?

4. Estar presentes

—*"Familiaridad con los jóvenes, especialmente en el recreo. Sin familiaridad no se demuestra el afecto, y sin esta demostración no puede haber confianza. El que quiere ser amado debe demostrar que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras enfermedades. ¡He aquí el maestro de la familiaridad!"*

Por lo tanto, la *atención a las necesidades no menos que a los fines se convierte en presencia total*, representada emblemáticamente por los educadores como el alma del recreo; nosotros lo llamaríamos alma de la coexistencia pedagógica. Es la aplicación obvia del principio de visibilidad, no retórica, del amor. *No es suficiente "estar para", es necesario "estar con" los jóvenes*. La distancia entre nosotros y los jóvenes es ciertamente cultural cuando es geográfica, es decir, cuando nos distanciamos de ellos porque ya no estamos en medio de ellos. Existe el riesgo de que la dificultad de comprenderlos y de seguirlos en la discontinuidad de sus gustos y actitudes, la necesidad de garantizar roles directivos y organizativos, la edad y los achaques, la enorme cantidad de trabajo, tantos factores que poco a poco quitan el deseo y extinguen el compromiso de estar con ellos, en medio de ellos. Se derrumba ese concepto base de que la *asistencia salesiana* es entendida no tanto como ejercicio de vigilancia, sino como un intercambio cordial, pero al mismo tiempo vigilante y afectuoso que crea un vínculo de familiaridad entre educador y educando que permite esa ayuda y ese apoyo que siempre son necesarios

para un camino saludable de crecimiento hacia la madurez (una función de apoyo específica de toda educación verdadera).

Pero *estar con los jóvenes significa estar allí no solo y no tanto físicamente cuanto cordialmente, arriesgándose en el intercambio dialogal*. Y dialogar no significa el simple conversar con otra persona para exponer sus convicciones; ni siquiera es discutir para afirmar y defender las propias posiciones. El diálogo es esa práctica discursiva en la que pensamos juntos para buscar un acuerdo sobre un tema determinado. El diálogo es una relación de confrontación sincera con los jóvenes que nos son confiados y el principio ético que lo inspira es la capacidad de cooperar. La verdad que nos enseña es que antes de entablar un diálogo con los jóvenes, estamos llamados a cultivar un profundo diálogo interno con nosotros mismos. Lo que más debemos temer no es el desacuerdo con los jóvenes, sino el desacuerdo con nosotros mismos. Estar con el otro nace de ese "*secum stare*" de estar consigo mismo que hace posible asumir la gramática de la comunicación, la que Manzoni resumía en cinco verbos: *observar, escuchar, comparar, pensar, hablar*. Observarse para poder observar, escucharse para saber escuchar, pensar para poder pensar, hablarse para poder hablar. Son las claves para estar presentes no solo a la realidad física sino también y, sobre todo, a la realidad humana. *No basta estar físicamente en medio de los jóvenes si uno no se califica para la capacidad de contacto con esta realidad suya*; esta es quizás la primera y principal ascética del educador. Solo de una cultivada interioridad nacen capacidades y voluntad de dialogar con los jóvenes, para alejarlos de la superficialidad que los marchita e invitarlos a la profundidad que los constituye, gracias, precisamente, al intercambio, a la confrontación, al diálogo.

5. Superar los formalismos

—*“Entonces todo era para mí motivo de alegría, y en los jóvenes entusiasmo por acercárseme y quererme hablar; existía verdadera ansiedad por escuchar mis consejos y ponerlos en práctica. El que sabe que es amado, ama, y el que es amado lo consigue todo, especialmente de los jóvenes. Esta confianza establece como una corriente eléctrica entre jóvenes y superiores. Los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos. ¿Por qué se quiere sustituir el amor por la frialdad de un reglamento? ¿Por qué el sistema de prevenir desórdenes con vigilancia y amor se va reemplazando poco a poco por el sistema, menos pesado y más fácil para el que manda, de dar leyes? El superior sea todo para todos, siempre dispuesto a escuchar toda duda o lamentación de los jóvenes, todo ojos para vigilar paternalmente su conducta, todo corazón para buscar el bien espiritual y temporal de aquellos a quienes la Providencia ha confiado a sus cuidados”*.

Si alguna vez el reglamento y la disciplina, mal entendidos y mal gestionados, pudieran crear frialdad y distancia entre educadores y jóvenes, hoy es exactamente lo contrario. Hay una familiaridad que no tiene nada que ver con lo que Don Bosco quiso decir porque es descuido, dejarlo ir, juvenilismo, pérdida de gusto, falta de respeto. Pero es una forma de indiferencia que proviene de la misma raíz: facilitar las cosas ahorrando esfuerzo educativo. De esta manera, se crea una distancia nueva y no menos funesta porque la relación educativa se altera al privar a los jóvenes de la función de guía y del papel necesario de autoridad que necesita para su crecimiento. Si faltan significativas figuras de referencia, el proceso de identificación y, por tanto, el proceso de maduración se ven comprometidos. Tampoco son suficientes las relaciones grupales: formar un grupo solo para gritar, pasarse las tareas, para comer una pizza, priva a los chicos de experiencias, confrontaciones, historias, decepciones, esperanzas. Las potencialidades que los chicos tienen dentro son enormes, pero están enterradas bajo la confusión de los sentimientos, de los instintos, de las rabias, de los sueños. Esta enorme confusión se amplifica en parte por la debilidad de las figuras paternas.

Por lo general, las nuevas generaciones para hacerse espacio deben afrontar a los padres dialogando, discutiendo, incluso peleando. Esta rebelión contra los padres es terapéutica, liberadora y rescata a los hijos de la infancia y de los autolesionamientos sin sentido. Pero asistimos a una crisis muy extendida de verdadera paternidad, es decir, de una potestad y de una autoridad que interviene cuando es necesario. A los ojos de tantos hijos, los padres ya no son un muro sino una suave almohada. Para estos muchachos nosotros, los salesianos, tenemos que asumir la paternidad en su función de seguridad, pero

también de interdicción en orden a bienes vitales y a valores que consideramos humanizantes para nosotros y para ellos. Si los adolescentes son torrentes en crecida, no les ayudaremos a descender hacia océano rebajando las orillas, sino elevándolas y reforzándolas. Pensamos en el valor de las reglas, del límite hasta la prohibición; tarea laboriosa porque a veces implica el conflicto, el rechazo, la represalia; pero será posible y saludable si se da ese paso decisivo del "me quiero bien" al "quiero mi bien" hasta el "también es bueno para mí". Y esto es posible solo si la relación personal y el ambiente educativo son altamente positivos, lo que Don Bosco llamaba "espíritu de familia".

6. Impartir la acción

—Se notaba que entre jóvenes y superiores reinaba la mayor cordialidad y confianza. La familiaridad engendra afecto, y el afecto, confianza. Esto es lo que abre los corazones, y los jóvenes... y se prestan con facilidad a todo lo que les quiera mandar aquel que saben que los ama... El amor lo regulaba todo, y nosotros no teníamos secretos para usted... Antiguamente los corazones todos estaban abiertos a los superiores, a quienes los jóvenes amaban y obedecían prontamente”.

En las dos direcciones, el amor se convierte en: encuentro, confianza, laboriosa colaboración cordial. Si no se llega a esta colaboración (indicada por don Bosco con la cifra de la obediencia), a esta implicación de los jóvenes en la responsabilidad educativa, a este protagonismo guiado, fruto de apertura y confianza, esto puede significar que el dinamismo del amor está atascado y el joven se aleja por falta de confianza. Uno de los parámetros para describir la actual condición juvenil es de la confusión o el de la incertidumbre; elementos que forman esa precariedad que provoca molestias. Pero la única forma de salir de la incertidumbre y la confusión es la decisión de cada individuo de ser él mismo, mediante la asunción convencida de su propia libertad y, por tanto, de su propia responsabilidad: contar, ser reconocido, poder expresarse; y, por tanto, justificarse ante los demás de lo que uno es, lo que hace, lo que se proyecta, lo que sueña.

El acompañamiento educativo sabe captar esta expectativa, siempre frágil y contradictoria, para favorecer los movimientos juveniles de concientización y compromiso, las iniciativas de sensibilización y de movilización, el deseo de estar presentes y activos en el propio entorno. Cuando, por otro lado, el deseo de ser y de hacer está en crisis, para dejar sitio a un mundo de apariencias, de falta de memoria, de olvido de sí mismo, cuando las nuevas generaciones no se sienten ayudadas ni estimuladas para actuar con responsabilidad, tiende a predominar el miedo a no estar a la altura de las expectativas, la ansiedad de no hacer frente a la competición, la tendencia a confundirse en la masa, a no exponerse, a no intentarlo. Se crea una condición generalizada de apatía y de desmotivación que abre la puerta incluso a las derivas más devastadoras (si "yo no valgo", porque nadie me ha dado la oportunidad de medirme conmigo mismo y con la realidad, entonces, me voy). El salesiano favorece el protagonismo juvenil precisamente porque pone en juego los valores esenciales de la identificación y la planificación de sí mismo, al tiempo que favorece una socialidad que se vuelve paradigmática creando una mentalidad y generando estilos de vida, para que ese *honrado ciudadano* vaya de la mano con el *buen cristiano*.